

# REVISTA DE EDUCACIÓN

E. DECAHORS	La poesía y las letras
EMILIANO J. MAC DONAGH	Carlos Darwin y nuestro país
CARMEN BLANCO AMORES	Los títeres en el aula
VALENTÍN DE PEDRO	Cuándo empezó a anudarse el nudo roto
AUGUSTO CORTINA	Arte y literatura barrocos
HÉCTOR P. LANFRANCO	Guillermo Rawson
NICOLÁS M. TAVELLA	La investigación en la escuela primaria

## ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

TOMÁS SARAVÍ ARCE, *La adolescencia en la novela*. MANUEL B. TRÍAS, *La música del poema*. MARCEL DESCHOUX, *La teoría del conocimiento*. HENRI FOCILLON, *El mundo de las formas*. ALFONSO MONTESANO, *Música incaica*. HENRI MATISSE, *Propósitos sobre el color y el dibujo*.

## ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

L. D'ONOFRIO DE MANSILLA, *El profesor, saber y conducta*. JEAN C. FILLOUX, *Memoria y saber*. PABLO LUROS, *Educación sanitaria*. G. COLLIN, *El estudio del carácter en los niños*. SARAH U. DE JUSTO, *Frente a la cultura*. JEAN PIAGET, *La educación artística*.

## LECTURAS

B. PÉREZ GALDÓS, *Zaragoza*. H. POINCARÉ, *La creación matemática*. ENRIQUE RIOJA, *Las medusas*. EDUARDO WILDE, *La cuna de mis lápices*.

## LENGUAJE Y ESTILO

ARISTÓBULO PARDO V., *Vocabulario*. E. SAPIR, *El lenguaje y la literatura*. F. LÁZARO CARRETER, *Vida del lenguaje*. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Nuevo valor de la palabra hablada*.

## BIBLIOGRAFÍA

ROMAIN ROLLAND, *El espíritu libre*. MARCOS VICTORIA, *Freud, Jung y Adler*. LOUIS LAVELLE, *Tratado de los valores*. BERNICE BAXTER, *Cómo tratar a los alumnos*.

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

RAYMOND QUENEAU, *Enciclopedismo y clasificación de las ciencias*. XAVIER BÓVEDA, *El hombre hispánico*. ADOLFO DE OBIETA, *El orden ascendente de la ciencia*. GUIDO RUGGIERI, *El anillo de Saturno*. ADOLFO SANTONE, *Comisión Nacional de la Unesco*. LA DIRECCIÓN, *Espacio y tiempo en las letras*.

## CRÓNICA

E. ZINGONI, *Conferencia interamericana de educación*. LOUIS N. MALCLÈS, *Objeto y definición de la bibliografía*. HORACIO J. BECCÒ, *Planificación de la poesía bonaerense*. CARLOS A. FOGLIA, *Cómo se pinta un cuadro*. C. ORLANDI, *Aquí, en La Plata, hace tiempo...*



INTERVENTOR NACIONAL EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Coronel don EMILIO A. BONNECARRERE

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Doña ELENA A. ZARA DE DECURGEZ

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Don GUILLERMO A. NAVEIRO

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

*La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen, con numeración corrida, cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.*

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

## SUMARIO

	Pág.	
E. Decahors .....	La poesía y las letras .....	467
Emillano J. Mac Donagh ....	Carlos Darwin frente a la naturaleza y las gentes de nuestro país .....	473
Carmen Bianco Amores .....	Los títeres en el aula .....	485
Valentín De Pedro .....	Cuándo empezó a anudarse el nudo roto .....	495
Augusto Cortina .....	Arte y literatura barrocos .....	502
Héctor P. Lanfranco .....	Guillermo Rawson .....	510
Nicolás M. Tavella .....	La investigación en la escuela prima- ria .....	519
Tomás Saraví Arce .....	Notas sobre el tema de la adolescencia .....	527
Manuel B. Triás .....	La música del poema .....	538
Marcel Deschoux .....	La teoría del conocimiento .....	542
Henri Focillon .....	El mundo de las formas .....	545
Alfonso Montesano .....	Apuntes sobre música incaica .....	549
Henri Matisse .....	Propósitos sobre el color y el dibujo .....	552
Lilia D'Onofrio de Mansilla .	El profesor, saber y conducta .....	556
Jean C. Filloux .....	Memoria y saber .....	560
Pablo Luros .....	Educación sanitaria .....	565
G. Collin .....	El estudio del carácter en los niños .....	572
Sarah Unía de Justo .....	Frente a la cultura .....	577
Jean Piaget .....	La educación artística y la psicología del niño .....	578
Benito Pérez Galdós .....	Zaragoza .....	581
H. Poincaré .....	La creación matemática .....	583
Enrique Rloja .....	Las medusas .....	588
Eduardo Wilde .....	La cuna de mis lápices .....	592
Aristóbulo Pardo V. ....	Vocabulario .....	594
Edward Sapir .....	El lenguaje y la Literatura .....	595
F. Lázaro Carreter .....	La vida del lenguaje .....	599
R. Menéndez Pidal .....	Nuevo valor de la palabra hablada ..	600
Francisco Maffei .....	Romain Rolland, El espíritu libre ...	600
Néstor A. Moreno .....	Marcos Victoria, Freud, Jung y Adler ..	603
Miguel E. Brihuega .....	Louis Lavelle, Traité des Valeurs ...	605
Elvira B. Zingoni .....	Bernice Baxter, Cómo tratar a los alumnos .....	608
Raymond Queneau .....	Enciclopedismo y clasificación de las ciencias .....	610
Xavier Bóveda .....	El hombre hispánico .....	616
Adolfo de Obleta .....	El orden ascendente de la ciencia ...	619
Guido Ruggieri .....	El anillo de Saturno .....	621
Adolfo Santone .....	Comisión Nacional de la Unesco .....	625
La Dirección .....	Espacio y tiempo en las letras .....	628
Elvira B. Zingoni .....	Conferencia interamericana de Educa- ción .....	629
Louise-Noëlle Malclès .....	Objeto y definición de la bibliografía ..	631
Horacio J. Becco .....	Planificación de la poesía bonaerense ..	633
Carlos A. Foglia .....	Cómo se pinta un cuadro .....	638
Clemente A. Orlandi .....	Aquí, en La Plata, hace tiempo .....	643

## Carlos Darwin frente a la naturaleza y las gentes de nuestro país

El más grande naturalista del siglo pasado, Charles Darwin, pisó suelo argentino a los veintitrés años, y luego lo recorrió en varios viajes por las costas y por el interior y los ríos. Visitó, asimismo, la República Oriental del Uruguay, a la cual siempre nombra como la «Banda Oriental»; no hace diferencia entre nuestros pobladores rioplatenses, y poca respecto de los chilenos, cuyo país recorrió por el centro y sur, y Coquimbo, habiendo cruzado los Andes para llegar hasta Mendoza. Después de tres años de su regreso a Inglaterra publicó una primera narración oficial de su *Viaje*, pero la segunda edición, independiente, con agregados valiosos, que es la que conoce el público. Lástima que no dispongamos de una buena edición castellana, críticamente anotada y sin los errores **exasperantes sobre las cosas argentinas que ostenta alguna.**

La primera impresión de Darwin sobre el Río de la Plata, registrada en su *Libreta de Viaje*, no es favorable. Venía del trópico, del interior selvático de Río de Janeiro, entusiasmado por su grandiosidad y hasta por la soledad para meditar, que la selva le proporcionaba. De nuevo, al hacerse a la mar, con ese persistente mareo sobre el cual no tenía dominio, los vientos contrarios que demoran el bergantín «Beagle», en el cual compartía la cámara con el comandante Fitz Roy, un caballero, pero de carácter difícil, todo le deprime; sufre el tedio, pues, cuando el verdemar se troca en el enorme río de color barroso. Desembarca en Montevideo el 26 de julio de 1832. Paden todos el frío «después de un viaje largo y desagradable». La tierra le consuela, pues se encuentra delicioso estar en

la pradera, con expansión libre, «donde nada guía ni traba los pasos». Pero «el escenario es muy opaco y sin interés». Más adelante dice que desde Montevideo en el «Beagle» fueron a Buenos Aires, y agrega: «Nos quedamos una semana allí. Mucho he gozado con este «crucero» en tierra. Es una ciudad grande y hermosa, pero el campo, más allá, es estúpido del todo». Ya le oiremos reiterar tal juicio, y más tarde habrá un cambio gradual en su sentir.

Puesto que una sobrina nieta de Darwin, más o menos con indiscreción femenina la ha publicado, leamos esta anotación en su libreta de bolsillo: «Nov. 3 (1832): Buenos Ayres, ciudad grande; calles muy regulares (hermosa Plaza. Virreyes) Quadras y casas cuadradas. Gran número de negocios; apariencia general, europea, excepto unos pocos gauchos. Damas españolas (e.d. argentinas); hermosísimos vestidos y andares; salí a caballo; banda (¿de música?), caminos, buenos caballos; las cercas de Agaves (pitás) y cardos. El campo chato, cercado, zanjas; completamente falto de interés. Vi matar un buey (el «Matadero»). La sensación de estar en tierra, muy placentera». En Ensenada (de Barragán) «quemar la conchilla para obtener cal».

La naturaleza le ofreció al pronto una recepción de monótono invierno barroso, mas pronto cambió el ánimo del gran naturalista viajero, pues escribió a su casa: «La fuente principal de placer en estos dos meses, ha sido para mí la Historia Natural. He sido prodigiosamente afortunado con (el hallazgo de) los huesos fósiles. Algunos de los animales habrán sido de grandes dimensiones; estoy casi seguro que muchos de ellos son enteramente nuevos; esto siempre es agradable pero con los animales antediluvianos lo es doblemente. Encontré parte del curioso revestimiento óseo (o cubierta) que se atribuye al Megatherium: como los únicos ejemplares que hay en Europa, están en Madrid (originariamente en 1798, de Buenos Aires), solamente esto es lo bastante para recompensarme algunos minutos

tediosos. Respecto de los animales vivientes no he sido menos afortunado. Asimismo tuve en septiembre algo de buena cacería: en un día cacé un hermoso venado y su gama; pero en esta línea nunca he gozado tanto como con una caza de avestruces (ñandúes) con los soldados de la frontera, que son más que medio indios. Los cazan arrojándoles dos bolas, que están atadas a los extremos de una correa, de manera de enredarles las patas; era una caza hermosa y animada. Encontraron el mismo día 64 huevos de las mismas».

Sobre esto de las boleadoras ñanduceras o avestruceas me permito recomendar la lectura del trabajo del doctor Alberto Rex González: *La boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos* (en Revista del Museo de La Plata, nueva serie, tomo IV, sección Antropología, págs. 133 - 292, ilustrado, 1953).

Cuando vuelve por mar desde Bahía Blanca, por primera vez, habla de la costa bonaerense, llamándola «Pata-gonia»; le resulta monótona por sus cadenas de médanos, y luego comenta: «El país del afamado Río de la Plata, en mi opinión, no es mucho mejor; un enorme río salobre, limitado por una interminable llanura verde, es lo bastante como para hacer gemir a cualquier naturalista. Así es que ¡Hurrah! por el Cabo de Hornos y la Tierra de las Tormentas. Y ahora que he lanzado mi rezongo, lo cual es un privilegio que los marineros se toman en todas las ocasiones, daré vuelta la página y daré cuenta de mis ocupaciones en Historia Natural...» (Carta a su antiguo profesor de Botánica, el Rev. Henslow, desde Montevideo, a 24 de noviembre de 1832). En dos partes más se queja: «Buenos Aires, hermosa ciudad, pero qué campo, todo es barro» suponemos que habría llovido antes, y era nuestro invierno; es el primer tiempo sudamericano de Darwin, todavía muy Inglés; si se me permite: anglicamente, insularmente i n g l é s, aquello que G. K. Chesterton llama el «provincialismo» de sus compatriotas. Entretanto, desde

que desembarca en Montevideo se libra de su «enfermedad del mar», el mareo y allí, con un inglés con quien ha trabado amistad, y lo mismo en Buenos Aires, con otro, pasea a caballo.

Advirtamos ya que a las gentes cultas de estos lugares (y hasta de las Malvinas y a muchos campesinos), los llama «españoles»; en este libro que tanto habla de los argentinos, nuestro nombre se ha perdido. Sin embargo, Fitz Roy, en su informe oficial, al hablar de una embarcación que se les arrima, dice que llevaba «...una bandera bonaerense (o Argentina) en su mástil...» He aquí un trozo de una carta de Darwin, publicada solamente en 1946, del viajero de 23 años; acaso sea preciso aclarar que es para una hermana, Carolina, con encargo de circularla a las otras, y ellos son de una familia que, si no de la aristocracia, es gente de clase elevada; el padre médico y asimismo el hermano mayor; una de las mayores «era ciertamente hermosa» y «descripta (dice Lady Barlow) como que pareciese una duquesa», y más hermosa aún la segunda, y todas muy sociables y, se colige, elegantes; pues, señor, a ellas les escribe su hermano, esto, sobre uruguayas y argentinas, llamándolas españolas: «Nuestro entretenimiento principal era andar a caballo y admirando las damas españolas. Después de observar uno de estos ángeles deslizándose por las calles, nosotros refunfuñamos: "Qué tontas son las mujeres inglesas, no saben ni andar ni vestirse". Y luego, qué feo suena "Miss" después de oír "Señorita". Yo lo lamento por todas ustedes. Les haría a todas ustedes juntas un gran bien el venir a Buenos Aires».

Casi no dice otra palabra respecto de la sociedad rioplatense. Había desembarcado en Buenos Aires, en un carro, como sabemos que era el uso y, aposentado, ya sale a dar una vuelta a caballo por la ciudad. Otra vez por el campo. El domingo, un paseo a caballo por la costa del río. «Buenos caballos», en Buenos Aires. ¿No es esto como

para las *Glosas* de Xenius (Eugenio D'Ors), las seleccionadas en *Flos Sophorum*? Así, «Carlos Darwin goza un paseo a caballo por Buenos Aires».

Mas a quienes detesta es a los políticos, a las facciones, como él las llama. Sobre todo, que unos mandan a degollar a los otros. Y en un raptó de furia escribe que «ojalá se destruyan entre sí, como los gatos de Kilkenny (un cuento irlandés) de los cuales sólo quedaron las colas; parece que no hubiera caballeros», pero a renglón seguido habla «de las gentes buenas». En general, muestra simpatía. Cuando venía desde el campamento de Rosas en el Río Colorado (la entrevista «terminó sin una sonrisa», pero fué obsequiado con un salvoconducto y todo el servicio gratuito) pasó por Bahía Blanca y las postas sucesivas, incluso Tapalqué, la Guardia de San Miguel del Monte y las estancias; todos le tratan muy bien. Cerca ya de Buenos Aires, le parece hermoso el campo, que no es más aquel barreal; ve los cercados, presencia una escena del Matadero y vuelve a la casa del inglés Mr. Lumb, en la calle Bolívar 276; una semana después sale a caballo para Santa Fe, ve las estancias con ombúes (bien al sur no los hay: recuérdese el *Martín Fierro*), le encanta Coronda, «la más bonita villa que yo haya visto, a causa de sus muchos ombúes y naranjos», y elogia a Santa Fe, limpia, cada casa con su jardín, y en todas partes, como en la Banda Oriental, la hospitalidad criolla, con esto a favor: que no le interrogaban sobre su persona y familia. Cruza el Paraná hasta la Bajada y, enfermo, retorna aguas abajo en una balandra. En todo el recorrido, las barrancas de los afluentes y luego del Paraná, han sido generosas a su modo: hallazgos cada vez más nutridos de huesos fósiles. En esa universidad abierta (si se me permite la expresión) aprende continuamente; ya puede corregir su anotación sobre el megaterio; no, es algo como un gran «peludo» el que le ofrece tales placas de figuras geométricas, pentagonales y otras, y una vez se asombra de un

tubo para la cola: suponemos que se trate de un *Doedicurus*, pero todos son del grupo de los gliptodontes, es decir, con la coraza de placas fijas. Sobre este aspecto de la exploración de Darwin recomiendo la lectura del artículo del malogrado paleontólogo argentino Lucas Kraglievich, publicado originariamente en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, 1930, vol. 109, e incorporado después a sus obras completas.

Mucho le sirvieron las referencias de las gentes. Había aprendido «español» antes de salir, y todavía en puerto inglés pidió a su casa «mis libros españoles»; repasó en el viaje; pero su aprendizaje fué con los gauchos, los baqueanos, arrieros, algunos barqueros y la gente de las estancias, tan hospitalaria. Algunos se compadecen por su afición tan rara a juntar huesos, que habrían sido de los hombres gigantes del pasado; le dicen que otros huesos, de estar enterrados, el agua los aumentaría de tamaño con los siglos; en Minas, Uruguay, como una señorita enferma no podía levantarse, le llevaron al viajero para que lo viese (en el relato del *Viaje*, más suavizado en muchos puntos, dice de este episodio que era para mostrarle una brújula); y él aprovecha para preguntar, anotar y planear: sobre todo qué se sabía sobre aquella misteriosa Patagonia para donde van pronto, abandonando este «detestable Río de la Plata», monótono. «Es general la mucha cortesía»; en el Museo de Buenos Aires, que «abre el segundo domingo», lo reciben «con modales educados».

Un rasgo propio del taciturno hombre de la pampa, del jinete consuetudinario «que no es capaz de andar a pie», lo presenta Darwin con pormenores de tanto verismo que el lector argentino puede pensar por un momento que el humorismo británico ha desembocado en la ironía de quien se siente superior. Mas no. Su baqueano de Bahía Blanca, en quien ha de fiarse para cruzar la provincia hasta la capital, iniciándose en los campos, ayer no más asolados por la indiada, a cada pregunta del viajero en una situa-

ción de incertidumbre, le contesta «¿Quién sabe?» que él pone en Castellano. Tanto, que este egresado de las Universidades de Edimburgo y Cambridge cuando asienta en su libreta las notas finales sobre la geología de Punta Alta y ese lugar clásico de nuestra paleontología que es Monte Hermoso, y por dos veces está obligado a corregir sus propias opiniones, estampa un «¿Quién sabe?» Los sabios todavía discuten sobre Monte Hermoso...

«Travesía» es palabra que adopta en sus notas. Una vez, entre el río Negro y el Colorado, después de pasar el famoso «árbol del Gualichu», reverenciado por los indios, quienes le colgaban ofrendas, Darwin y su partida hacen alto para pasar la noche; los gauchos han pillado una vaca mostrenca y están de fiesta: «Aquí teníamos las cuatro necesidades de la vida «en el campo» (así en su texto): pasto para los caballos, agua (aunque fuese un charco barroso), carne y leña. Los gauchos estaban muy alegres al encontrar todos estos lujos, y pronto nos pusimos al trabajo sobre la pobre vaca. Esta fué la primera noche que pasé bajo el cielo abierto, con las piezas del recado como mi cama. Hay un gran gozo en la independencia de la vida del gaucho: ser capaz en cualquier momento de frenar el caballo y decir: «Aquí pasaremos la noche». La calma muerta de la llanura, los perros que hacen la guardia, los gauchos como un grupo de gitanos que preparan sus camas alrededor del fuego, han impreso en mi mente un cuadro fuertemente marcado de esta primera noche, que nunca será olvidada». El gusto artístico es innato en él y más adelante (12 y 13 de septiembre) en el viaje a Buenos Aires, están al norte de la Posta del Sauce, y describe otra escena nocturna, con los soldados que le han dado para escolta, y cuyo aspecto no alaba; pero el cuadro que recuerda lo compara a uno de Salvátore - Rosa (el napolitano que buscaba los fuertes efectos salvajes).

De los indios admira su físico. Uno, en El Carmen, es una estatua de bronce con ropas nuevas. «Los varones

eran de una raza alta y hermosa...»; pero al redactar en casa piensa en su triste experiencia con los fueguinos, y cree que ambos son del mismo origen, cosa equivocada; sobre esto de los fueguinos prefiero no entrar a considerarlo, pues Darwin no era etnólogo, y menos aún King, Fitz Roy y los otros que informaron sobre esos viajes. Es indispensable leer la obra moderna de Gusinde. Pero sobre las mujeres indias del campamento del Colorado, escuchémosle: «Entre las mujeres jóvenes o chinas (sic), algunas merecen aún el ser llamadas hermosas. Su cabello era grueso pero brillante y negro y lo usaban en dos trenzas que bajan hasta la cintura. Tenían un color subido y ojos que relumbraban con brillo; sus piernas, pies y brazos eran pequeños y elegantemente formados; sus tobillos y a veces sus cinturas estaban ornamentados con anchos brazaletes de cuentas azules». Otros indios conoce, aunque sea por el peligro que representan. En Santa Cruz, cuando una fuerza de desembarco del «Beagle» remonta el río halando los botes desde la orilla, aprende qué son esas rayas al lado de las huellas que dejan los indios a caballo: es la «rastrillada», como la que años después describiera tan bien Estanislao Zeballos, las huellas que dejan las lanzas indias, «chuzos», pone Darwin, que las llevan colgando al arrastre del flanco de los caballos; siniestra amenaza para el conocedor.

Darwin también supo de los rastreadores y el lector argentino saborea lecturas sarmientinas. «Un vistazo al rastro (así, en castellano) les dice a estas gentes toda una historia. Supongamos que examinan las huellas de mil caballos, pronto van a adivinar el número de los que van montados al ver cuántos de ellos han galopado corto; por la profundidad de las otras impresiones, si algunos caballos iban con cargas; por la irregularidad de las pisadas hasta cuántos estaban cansados; por la manera cómo cocieron los alimentos, saben si los perseguidos viajaban apurados; por el aspecto general, cuánto tiempo hace que

pasaron. Consideran un rastro de diez días o una quincena lo bastante frescos como para poder ventearlo». El comandante Miranda al frente de una tropa y con indios «mansos» (sic), seguirá el rastro de unos indios asesinos a través de la Pampa, acaso por más de setenta leguas, hacia Choele Choele: «¿Qué otras tropas en el mundo son tan independientes? Con el sol como guía, carne de yegua como comida, las piezas del recado para cama, siempre que haya un poquito de agua, estos hombres penetrarían hasta el fin del mundo».

Así, pues, andando a campo y entre rioplatenses Darwin ha sufrido una transformación mental que en los años viejos alabará en rueda de familia, padre de diez hijos. Cerca de Sierra de la Ventana, una noche, sin tener qué comer, tomaron mate, fumaron, estiraron el recado y, aunque hacía mucho frío, «dormimos confortablemente»; lo mismo dirá después en el Paso del Portillo, con el solo precario abrigo de unas rocas. Se retrata en una carta a su hermana Carolina, desde Buenos Aires, luego de llegar a caballo desde el Río Negro: «Me he convertido en un verdadero gaucho, sorbo mi mate, y fumo mi cigarro, y luego me acuesto, y duermo tan confortablemente con los cielos como toldo, como en un colchón de plumas. Es una vida tan sana; a caballo todo el día, no comiendo sino carne, y durmiendo en un aire tan estimulante, uno se despierta tan fresco como una alondra». En el cruce de los Andes comían charqui. Así vemos, pues, que antes de llegar a la verdadera Patagonia todavía en esa «Patagonia» que era la costa de la provincia de Buenos Aires de Sur a Norte y hasta el Río de la Plata, esa naturaleza, que pensó primeramente que fuese tediosa, ha desaparecido. Ahora está viviendo en otra, la de las barrancas y yacimientos, la de una naturaleza llena de vida. El *Toxodon*, uno de sus fósiles, le resulta el cuadrúpedo más extraordinario que haya existido, tal es la mezcla de sus caracteres y por lo tanto de las adaptaciones. Su hijo Francis, que

editó la *Vida*, con la *Autobiografía* hasta entonces privada, dice así: «Los ejemplares traídos por mi padre incluían (además de los ya mencionados *Toxodon* y *Scelidotherium*) los restos de *Mylodon*, *Glossotherium*, otro animal gigante afín al oso hormiguero, y *Macrauchenia*. Su descubrimiento de estos restos es un asunto de interés por sí mismo pero tiene una importancia especial como un momento en su propia vida, pues la especulación sobre la extinción de estas criaturas extraordinarias y su relación con las formas vivientes constituyó uno de los principales puntos de partida de sus vistas sobre el origen de las especies». Así es, pues en 1837 anotó que iniciaba su primer cuaderno de notas sobre «la transmutación de las especies», y dice: «Había sido grandemente impresionado... por el carácter de los fósiles sudamericanos, y las especies del archipiélago de Galápagos. Estos hechos (especialmente el último): origen de todas mis ideas».

Va a las Malvinas, que estudia detalladamente. Para el tema que ahora nos ocupa el interés reside en la gente de allí. ¿A quiénes había de encontrar? Como «pueblo», unos hombres a los cuales llama rebeldes. Pero eso sí, hay gauchos y con ellos realiza una excursión, en la que lucen sus habilidades con las boleadoras, el lazo, y los caballos amaestrados para esas tareas de rodeo improvisado, a campo abierto. Aquí Darwin consigue ejemplares vivientes del zorro-lobo, hoy extinguido, pobrecito, a causa de ser tan manso y confiado.

La zoología del viaje de Darwin en el «Beagle» es muy interesante y tiene relación con el ulterior desarrollo de sus doctrinas sobre la evolución, que él explica por medio de su teoría personal, la selección natural. Aquí no me ocuparé de todo ello pues lo hago en un ensayo entregado a la revista «Ciencia e Investigación», de Buenos Aires. Este naturalista y pensador y filósofo de la naturaleza describió los caracteres y los hábitos de la vizcacha, del guanaco, los cuisés, los tuco-tucos, el mará o liebre pata-

gona, el avestruz o ñandú, dando un estudio de las diferencias entre el grande o pampeano y el petiso que es patagónico; el hornero, la caminera o minera, las cajandrias y sus cantos, la bandurria migratoria, la perdicitita de la sierra, las otras que llamamos perdices y que él llama apropiadamente tinamus (que viene del nombre indígena *inambú*), los caranchos y chimangos; el churrinche, del cual anota: «es muy, pero muy hermoso, y la desolada travesía queda vivificada con su presencia», y los pingüinos, de alguna de cuyas especies estudia cómo tienen la visión binocular, y esos curiosos patos malvineros y magallánicos que no vuelan, llamados «patos vapor». En fin, es un admirador admirable de lo argentino.

En un ensayo que publiqué allá por 1924, y mantengo lo dicho, mencioné al Darwin de sentimientos poéticos. Cuando bajaba a tierra llevaba consigo un libro de bolsillo: el *Paraiso Perdido*, de Milton. Una vez captura unos sapitos negros manchados de bermellón, colores diabólicos a su juicio, y les aplica unos versos miltonianos de la tentación de Eva. Otro de sus favoritos es Shakespeare; en la escuela se pasaba horas sentado leyéndolo; estoy convencido que cuando se sintieron vigilados por los indios en Santa Cruz debió recordar:

...my dam's god, Setebos,

la supuesta invocación al dios de Calibán: porque del relato de Pigafetta sobre los patagones nació el nombre que Shakespeare volvió inmortal.

Solamente un hombre con tales sentimientos todavía frescos (aunque «la gran pena» de su edad madura fué perderlos), es capaz de escribir la página de antología que llama *Retrospecto* al final del Relato del Viaje, y donde las selvas de Tierra del Fuego están pintadas con las so-las palabras de Muerte y Decadencia, y esta página sobre las tierras argentinas: «Al rememorar imágenes del pasado, me sucede que las planicies de Patagonia frecuente-

mente cruzan delante de mis ojos; y sin embargo, esas planicies todos las reputan como miserables e inútiles. Se caracterizan únicamente por posesiones negativas: sin habitaciones, sin aguas, sin árboles, sin montañas, apenas si mantienen unas cuantas plantas enanas. ¿Por qué, entonces, y el caso no es peculiar conmigo sólo, por qué esas áridas desolaciones han tomado una posesión tan firme en mi mente? ¿Por qué razón las pampas que son aún más llanas, que son más fértiles, más verdes, no producen una impresión igual? Yo apenas si puedo analizar esas sensaciones, pero debe ser en parte por el libre juego que da a la imaginación. Las planicies de la Patagonia son ilimitadas, porque son impasables, y por eso desconocidas; tienen la marca de haber durado así por edades, y no parece haber un límite para su duración en el tiempo futuro. Si, como supusieron los antiguos, la tierra, chata, estaba rodeada por una extensión de agua impasable, o por desiertos calentados hasta un exceso intolerable, ¿quién no contemplaría estas últimas barreras al conocimiento del hombre, con sentimientos profundos pero imposibles de definir? Así, Darwin.

El gran geólogo y pensador moderno, Pierre Termier, decía que la ciencia estaba dada al hombre para sentir el misterio. La Argentina hizo sentir en su naturaleza a Darwin el misterio de las edades, y la Patagonia le dió algo más grande, pues le hizo soñar.

EMILIANO J. MAC DONAGH.